

LA INVERSION DE LOS SIMBOLOS

L A decisión del alcalde socialista de Madrid de instalar el crucifijo en su mesa presidencial es equivalente a la del presidente de las Cortes cuando lo hizo retirar de su despacho. Los dos políticos consiguen así irritar considerablemente a sus partidarios y halagar a sus adversarios; dado el sadomasoquismo que preside la política nacional, los dos gestos son coherentes. En un segundo pensamiento, los partidarios se tranquilizan considerando que una astucia muy inteligente, y los adversarios se reafirman en pensar que a ellos no les engaña nadie con un gesto espectacular. La historia de este país se ha hecho a base de dramas por quitar o poner Cristos y, finalmente, seguimos en lo mismo, y si los protagonistas del gesto están invertidos con respecto a sus roles clásicos, se ha de suponer que esta confusión es algo esperanzador, aunque no se sepa muy bien por qué.

En la misma línea está la decisión del alcalde de Córdoba, comunista, que ha anunciado ya que presidirá las procesiones católicas. Puede esperarse el gesto correspondiente por parte del obispo de Córdoba, que sin duda acudirá dentro de unos días a presidir la manifestación del 1 de mayo. La costumbre podría extenderse y veríamos pronto a los alcaldes de la izquierda en los rosarios públicos, los actos mariológicos, la Misa mayor de los domingos, y a los obispos y canónigos en los mítines, los congresos y las manifestaciones de la izquierda. Todo ello puede aumentar la admiración del "mundo, que contempla con envidia la serenidad de nuestro proceso democrático", frase que ya se ha consagrado —porque los españoles necesitamos siempre creer que en cualquier momento hay un mundo que nos contempla con envidia, sea lo que sea lo que hagamos—, y hará crecer notablemente el turismo y, sin duda, provocará un considerable regocijo en muchos vecindarios. Lo cual será también conveniente para municipios que sufren de profunda seriedad.

La idea de que el alcalde que representa un partido laico retire el crucifijo; la de que lo instale un presidente de las Cortes que representa unos votantes católicos; la de que los alcaldes de izquierda no colaboren con los actos religiosos y la de que los obispos no acudan a los actos de la izquierda —que parece que es la única verosímil—, representa unos valores antiguos de orden, clarificación y responsabilidad de cada uno ante sus propias ideologías que no están inscritas en la organización mental de la España actual. Entendámonos: una cosa es el respeto a las vidas, creencias y opiniones de los otros, de los que son minoría dentro de aquello que se gobierna, y otra es adquirir su mimetismo, sus símbolos y sus costumbres, sin compartírselos mentalmente. Yo recuerdo un ateo que no entraba jamás en la iglesia, ni en bodas, bautizos o comuniones, no por el odio que tuviera a la religión, que no tenía ninguno, sino porque le parecía una ofensa a los creyentes llevar su presencia fría y crítica al templo de los otros. Pero era un hombre de otros tiempos.

POZUELO



que tienen sus proyectos y sus problemas pendientes de ver lo que hace cualquier nuevo director general, cuál va a ser su decisión, en qué va a modificar la labor del anterior: porque cada uno quiere que se note, hacerse notar.

El cambio municipal, más radical, tiene un sentido distinto. Desde aquí se ha dicho que es "la primera ruptura". A pesar de la enorme moderación con que aparecen los alcaldes incorporados esta semana a sus cargos, es imprescindible la rápida acción y el desmantelamiento de los tinglados anteriores. Porque si este Gobierno, con la duración de su partido en el poder, ha ido desmoronando aquello que era inviable, y que quedaba como un esqueleto imposible del régimen anterior, en los municipios no ha sido así. Toda la fuerza del franquismo se depositó en ellos: cuando la fuerza se debilitó, quedó la corrupción, la caricatura, el disparate, el beneficio personal, la autoridad impulsiva. "Los nuevos" son distintos en el Gobierno y en los municipios: en el Gobierno, desbaratarán las cartas para hacer la misma jugada, con el consiguiente retraso de todo; en los Ayuntamientos tienen que hacer una jugada distinta. Si no la hacen, sus electores se la demandarán.